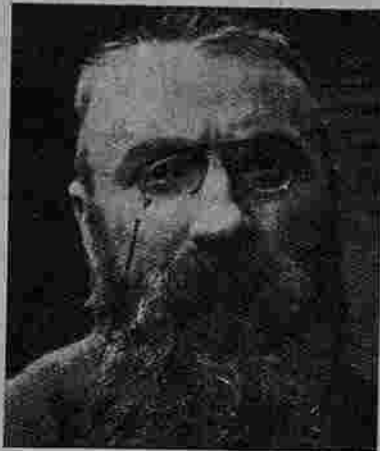


UNA BIOGRAFIA  
**El «Rodin», de  
Judith Cladel**

por JULIO COLL

A mediados del siglo pasado se dieron cita en el mundo la mayor cantidad de personalidades, filósofos, pensadores, músicos, artistas, pintores, políticos, inventores y hombres de ciencia, como posiblemente nunca, en ningún otro momento, se diera en tal cantidad en nuestro trabajado planeta. Así, a un siglo de distancia, podemos valorar la trascendente importancia de saber vivos en un momento determinado a hombres como Schopenhauer, Lamartine, Morse, Rossini, Michelet, Comte, Delacroix, Emerson, Dumas, Sainte-Beuve, Browning, Darwin, Dickens, Claude Bernard, Wagner, Marx, Walt Whitman, Concepción Arenal, Dostoiéwski, Baudelaire, Pasteur, Renan, Saint-Victor, Tolstoi, Ibsen, Mistral, Castelar, Manet, Nobel, Lombroso, Cézanne, Monet, Rodin, Zola, Mallarmé, Nietzsche, France, Edisson, Ramón y Cajal, Wilde, los



Auguste Rodin

Curie, Chejov, y otros muchos que harían interminable la lista.

Viene eso suscitado por la lectura de una biografía sumamente interesante sobre la figura de Rodin (1) escultor, acaso el que mayor renombre haya tenido nadie en vida. Discutido, vejado, exaltado frenéticamente y combatido hasta el insulto personal, Rodin, personalidad de un temple humano impresionante, hundamente identificado con la inquietud de su época, es acaso el primer escultor que rompe con la relamida insensibilidad de los últimos seguidores del llamado arte academista.

Es la época — hay que decirlo una vez más — la que determina el choque de las personalidades más acusadas con el conformismo ambiente. Rodin, con idéntico temperamento, con la misma posibilidad humana y artística para la escultura, es posible que en otro momento no hubiese pasado de ser un buen, un excelente escultor, sin la trinitante publicidad que, en el choque, tanto le favoreció. Dentro de la cadena de reacciones que invariablemente se producen dentro del vaivén de las épocas en el camino del arte, Rodin debe parte de su estilo, parte de su fuerza escultórica, a la pugna que sostuvo intentando derribar el culto a la Academia. La misma lucha iniciada con tanta tenacidad le afiló los instrumentos, perfilaron su carácter combativo, y, por tanto, también dieron forma a su estilo.

ven que Mallol, luchando contra el barroquismo vital de Rodin y se imponía por encima del sensualismo de éste, oponiendo una visión simple de las formas, una serenidad mágica, sin actitudes desgarradas. Pero, con todo, hay algo inquietante, hondamente auténtico, apasionado y palpitante, en la escultura ensobrecida y a ratos frenética, de Rodin. Puede que en la famosa estatua a Balzac, en su mole casi disforme, conformada como la supuesta instantánea de una actitud humana con la que se intenta expresar toda una vida de ambición y orgullo, revolotea la música excitada de Wagner. Es la época. La misma época en la que se concilian en plena lucha, la estética de Monet, profundamente admirado éste por Rodin en una cu-

(1) Rodin (su vida gloriosa, su vida desconocida), por Judith Cladel. Editorial Iberia, 1954. Barcelona.

riosa paradoja vital. Paradoja que, a la inversa, se produce con Rainer María Rilke. Este poeta dulce y delicado, siente, inverosimilmente, al parecer, una honda y sincera admiración por el grosor violento de Rodin.

Arranca, pues, esa época de apasionada ruptura con los viejos moldes, a cabalgadura de un afán individual por hacer prevalecer la inquietud, la personalidad y el temperamento en contra de las cómodas glorias oficiales, en pugna contra las audiencias privadas, las recomendaciones, el favoritismo; interesando en la dura batalla a la gente de la calle que empieza a tomar partido por los hombres y las cosas, decisivamente.

Rodin nace el 12 de noviembre de 1840, en el número 7 de la calle Arbalette, de París. Judith Cladel, miembro del actual Premio Fémmina, hija del que fué celebrado poeta del pasado siglo, León Cladel, íntima amiga del escultor hasta 1917, año en que muere Rodin, está curiosamente informada de casi toda la vida de éste y, excepcionalmente, de sus últimos cuarenta años. Su libro, pues, en su versión definitiva, nos ofrece un cuadro exhaustivo no sólo de la existencia del escultor, sino también de su época, de las personalidades que le trataron, de los hombres y mujeres que lo defendieron, así como de aquellos que le atacaron implacablemente. Es su libro.

el libro redactado con fibroso estilo notarial en cuanto a las noticias concretas y con apasionada admiración en lo que se refiere al estudio de su personalidad humana. Es el documento extendido por un testigo presencial del drama glorioso y miserable del gran escultor.

Desde su origen hasta la patética senilidad del artista, en cuya última etapa entraron en su vida tantas maquinaciones, tantos egoísmos y codicias ajenas en juego, Judith Cladel — hoy enferma y con sus ochenta y pico — nos hace una viva y excitante descripción de todo ello. Toda la época girando alrededor de la desolada y violenta personalidad de Rodin, sus primeros pasos en pugna con las opiniones

estéticas incrustadas en los centros oficiales, pasando por sus primeros contactos con la fama, parándose en el examen de los terribles y angustiosos últimos años, hasta que en plena guerra del 14, la fortaleza humana del artista se anula y sucumbe con el peso de los años.

En todas y cada una de sus páginas hay un visible sello de autenticidad, a veces tomando partido, pero sin noveladas, digitando con tacto los momentos más difíciles, no vacilando incluso en denunciar muchas de las injusticias de que fué víctima el escultor, entre bastidores. Un buen libro, en suma, que se lee a través de la pulcra y rigurosa traducción de Juan Bautista